

Cacerito

Rafael Aragón Dueñas

Mi mujer se encontraba postrada en su silla de ruedas, estando feliz por ver a los niños y a los hámsteres que yo mismo les había comprado, pero en especial Cáceres nos llenaba de orgullo. Cacerito, como yo lo llamaba de cariño, era nuestro único hijo. Veíamos con ternura aquella escena en que se divertían con sus pequeñas mascotas. Tocaron a la puerta, me dirigí a abrir y entraron las cuatro madres de los niños. Ellas con alegría los cargaron y les hicieron cariños; los infantes sonreían mientras sostenían un hámster. Las madres acariciaban al pequeño roedor y besaban las mejillas de sus hijos. Cacerito, con el hámster en mano, fue hacia mi esposa a sentarse en su regazo. Mi mujer abrazó a nuestro retoño.

—Gracias por cuidar a nuestros hijos —dijeron las cuatro mujeres.

—Es nuestro trabajo —les respondí. Ellas me devolvieron los hámsteres y yo los puse en el piso—. La niñez es lo mejor que tiene cada persona y debemos cuidar a las próximas generaciones.

Los pequeños roedores se dirigieron hacia mi esposa y a mi hijo. Las mujeres asintieron y cada una me pagó doscientos pesos, luego se despidieron y cerraron la puerta. Guardé el dinero en mi bolsillo, me llevé cargada a mi esposa a la habitación dejando únicamente la silla de ruedas en la sala junto a Cacerito, que se quedó jugando con los hámsteres. Acosté a mi mujer en la cama y decidí acompañarla mientras le daba un beso en la boca. Una lágrima brotó de su ojo izquierdo resbalando por su mejilla, sentí el sabor salado de la lágrima.

—¿Qué tienes?

Ella empezó a llorar:

—¡Me entristece estar así! No puedo caminar, me duele demasiado no jugar con los niños. ¡Oh, Cacerito! ¡Tan adorable! ¡Te quiero tanto!

—Por favor no llores, mi amor —le dije, mientras le limpiaba con la lengua las lágrimas que escurrían por el rostro—. También me entristece verte de esta manera, desde el día que tuviste el accidente me he lamentado tanto el no haber estado ahí para salvarte.

—No dejes que eso te remuerda la conciencia, los accidentes suelen ocurrir en los momentos más inesperados. Además eso fue hace un año, en aquel entonces tú sabes que los niños de esa edad son muy traviosos, andan explorando el mundo que les rodea. Cacerito...

—Sí —la interrumpí—. Cariño, no es necesario que recuerdes aquel día, ya sabemos lo que pasó.

—¡Es necesario! —exclamó—. Aunque tratemos de olvidar, siempre estará el recuerdo de cuando Cacerito sostenía el matamoscas y jugaba a ser soldado. Casi se iba a caer de los escalones pero yo llegué a salvarlo.

—Pero tú te rompiste la columna vertebral en un escalón.

—Desde que tengo memoria siempre he sido muy vulnerable a todo, el parto me deterioró demasiado y eso no importa porque Cacerito es lo único que me alegra el día y más aún que haces que conviva con los demás niños. Oye, —ella suspiró y dijo—, sígueme abrazando.

Me quité la ropa arrojándola al piso, desnudé a mi mujer, sus prendas las hice bola y las aventé. La seguí abrazando y por fin pudimos conciliar el sueño. Aquella noche soñé que ella no estaba inválida y el accidente jamás ocurrió.

Al día siguiente estaba mi mujer postrada en su silla de ruedas, bebía una taza con té junto a las cuatro madres que también disfrutaban del té. Nos divertíamos tanto al ver a los niños junto a Cacerito jugando muy felices con los hámsteres: aquella escena era tan bella. La armonía se desvaneció por completo al escuchar unos golpes muy fuertes en la puerta. Me armé de valor y fui a abrir, lo primero que recibí fue un culatazo en el rostro que me hizo caer al piso, provocando una gran hemorragia de la nariz. Estando en el piso, con la sangre saliendo a chorros y con la vista borrosa traté de visualizar lo siguiente: la Guardia Nacional había entrado bruscamente a mi casa. Lo primero que hicieron fue matar a los hámsteres; los niños y las mujeres gritaban y lloraban al mismo tiempo. Los elementos de la Guardia Nacional con la culata de la metralleta desnucaron a las mujeres, después se las llevaron arrastrando. Mi esposa trató de rehusarse, pero le rompieron el cuello, su cuerpo inerte fue arrastrado con desprecio. Los niños no se callaban y fueron noqueados con un puñetazo en la cara. Cacerito, a causa de su estridente llanto, fue derribado con un patadón que le hizo crujir todo el cuerpo. Luego se llevaron a los niños como si fuesen unos costales de papas, a mí me sacaron a punta de patadas y de insolencias.

Afuera pude ver a toda la gente metiche que estaba viendo cómo la Guardia Nacional nos desalojaba con brusquedad, también veía a todos los medios de comunicación narrando los hechos ocurridos. Una reportera se acercó para hacerme una pregunta y yo le respondí que el mundo estaba loco.

La Escondida es una comunidad marginada de la capital zacatecana y olvidada por el gobierno; este lugar es habitado por gente de escasos recursos y sus viviendas están hechas de lámina de cartón, de aluminio y de lonas de propaganda política. No hay drenaje ni alumbrado público, por lo cual sus habitantes orinan y defecan en el exterior de sus casas. Al caer la noche se alumbran con veladoras y con lámparas de petróleo. Se bañan una vez al mes cuando llega la pipa del agua a surtir. En el interior de los jacales no hay piso, solo el vil suelo de tierra, muchas de las veces las láminas se deterioran por el cambio brusco del clima: en uno de estos jacales vive Lucas.

Son las nueve de la noche y Lucas llega a su casa. Trae, como El Pípila, el cadáver de una joven amarrada. Al abrir la puerta cinco Ratzadillas que merodean y son vigilantes del lugar ven a su amo que entra con dificultad cargando el cadáver y se apresuran a ayudar.

—¡Oh, queridas!, qué bueno que se acomiden en auxiliar a su papá.

Los roedores con sus incisivos rompen la soga y cargan —como si fuesen los siete enanitos con el ataúd de Blanca Nieves— a la joven muerta. Lucas contempla cómo sus mascotas colocan el cuerpo en la mesa, desgarran la ropa con los incisivos y comienzan a disfrutar del buffet. Una Ratzadilla escarba el abdomen de la muerta sumergiéndose en las entrañas arrancando las vísceras; dos devoran la pierna izquierda; una, sosteniendo un tenedor, extirpa el ojo derecho devorándolo al momento de clavar sus incisivos; la otra, con un cuchillo, rebaña un pezón y se lo come como si fuese una uva.

—Hijas mías —comenta Lucas—, ustedes sí saben comer con elegancia, les enseñé cómo usar los cubiertos con educación. Disfruten de la cena, me voy a dormir con los demás. Buenas noches, descansen.

Las Ratzadillas asienten. Sonriendo. Lucas se encamina a la única habitación de su vivienda para ver a su familia y amigos. En una esquina están amontonados cuatro cadáveres de mujeres y cuatro cuerpos de niños pequeños, todos desnudos en estado de descomposición. En la cama hay una mujer con el cuello rebanado —al parecer tiene de

muerta un par de horas— también está el cadáver momificado de un bebé; ambos están desnudos. Lucas se desviste, se acuesta en la cama, y los abraza:

—Cacerito, Cacerito, Cacerito —dice Lucas al momento de conciliar el sueño. Aquella noche sueña a su mujer cayéndose de los escalones, él solo vio cómo ella se partía la espalda.

Al día siguiente Lucas carga los cuerpos de las cuatro mujeres y los pone a mitad de la sala. Las Ratzadillas ayudan a su amo a cargar los cuerpos de los niños y son colocados encima de ellas. Lucas, con la ayuda de sus mascotas, acomoda a la mujer y al bebé en el sillón. El hombre camina hacia el refrigerador, lo abre, saca una bolsa transparente ensangrentada repleta de manos de mujeres y de niños. Arroja la bolsa al piso, los roedores se apresuran y cada uno se adueña de una mano. El hombre acaricia a sus mascotas diciéndoles:

—Somos una bonita familia, miren —apunta con el dedo hacia el sillón—, mi mujer disfruta la compañía de Cacerito. También vean esto —y señala con el índice la mitad de la sala mientras las Ratzadillas devoran las falanges—, las amigas de mi esposa se divierten al ver jugar a sus hijos. No cabe duda que somos una familia excepcional.

De pronto aquella escena es interrumpida por la llegada de la Guardia Nacional, que hace una entrada tan brusca rompiendo la puerta de una patada. Lo primero que hacen es dispararles a las Ratzadillas; Lucas trata de escabullirse, pero es golpeado con la culata de una metralleta en el rostro. El hombre cae al suelo con sangre saliendo a borbotones de la nariz y con la vista empañada trata de vislumbrar que la Guardia Nacional inspecciona y desaloja el lugar.

Afuera están los habitantes, el servicio forense de la Fiscalía y los medios de comunicación; la Guardia Nacional traslada a Lucas a una patrulla. Una reportera se acerca:

—¿Cuál fue el motivo de cometer unos crímenes tan atroces?

A lo que responde:

—El mundo está loco.

En un par de horas comenzó a circular la siguiente noticia:

ATRAPAN AL ASESINO SERIAL DE MUJERES Y NIÑOS.

Alrededor de las doce del mediodía elementos de seguridad y de la Guardia Nacional acaban de capturar a Lucas, el carnicero responsable de las constantes desapariciones de mujeres y niños que había en la capital zacatecana.

El asesino vivía en un jacal ubicado en la comunidad de La Escondida. Gracias a la exhaustiva investigación que realizó la Fiscalía para dar con su paradero y posteriormente a la facilitación de su captura.

La vivienda era resguardada por cinco ratas mutantes conocidas como Ratzadillas, estos roedores estaban entrenados por Lucas para que obedecieran todas las órdenes dictadas por él.

En el lugar se encontraron cuatro cadáveres de mujeres y cuatro cadáveres de niños en estado de putrefacción. Los cuerpos estaban amontonados en la sala junto a pedazos de carne y fragmentos de osamenta pertenecientes a sus víctimas. También se encontró el cadáver de una mujer degollada en el sillón, aparentemente tenía un día de haber sido asesinada; junto a ella estaba el cuerpo de un bebé momificado.

En su traslado Lucas gritaba que su familia le había sido arrebatada por el Ejército y decía que el mundo estaba loco. La gente comienza a creer que esta persona cometía tales asesinatos para hacerle creer a los demás que vivía en armonía. Por ahora esperemos que la paz y la tranquilidad vuelvan a la capital de Zacatecas, no hasta que la población se empiece a alarmar con la existencia de la raza de roedores mutantes conocidas como Ratzadillas.

Algunos científicos creen que esta plaga se originó en los tiempos prehistóricos con la llegada de un meteorito radiactivo a la Tierra, el mismo que exterminó a todos los dinosaurios y desencadenó esta plaga. Estas ratas han ido evolucionando a través de la historia, desde expandir su población durante la Edad Media hasta volverse inmunes a los venenos del siglo XXI. Las Ratzadillas son seres inteligentes y poderosos; probablemente van a comenzar a dominar al mundo y la humanidad no hará nada porque estará rendida bajo sus pies.